

LA FIESTA: ENCUENTRO CON LAS RAÍCES

Carolina Merino Risopatrón (*)

“La fiesta es una apariencia que transforma el rostro del mundo habitual y la faz del hombre cotidiano, creando un universo pleno de fantasías”. (Isabel Cruz)¹

LA FIESTA RELIGIOSA EN CHILE

1. Introducción

Este trabajo forma parte de un proyecto que me encuentro desarrollando, junto a otro investigador, titulado “Imaginería del Catolicismo Popular y su implicancia catequética”. En este capítulo ofrezco una reseña de la fiesta religiosa en Chile, remontándome a sus orígenes y confrontándola con una experiencia local.

Fidel Sepúlveda destaca a la fiesta ritual como acontecimiento esencial en la vida individual y colectiva. En ella reaparece la alegría, el asombro y se exalta la vida. Reivindica al hombre sus raíces y su futuro nutrido de infinito. En la fiesta se restauran las relaciones sociales del hombre consigo mismo, con sus prójimos, con el mundo y el transmundo. El individuo se encuentra con su más “entrañada identidad”, aquella olvidada en la rutina diaria, y experimenta su vinculación

(*) Universidad Católica del Maule.

¹ Cruz, Isabel, **La Fiesta. Metamorfosis de lo cotidiano**, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1995.

originaria con la divinidad

Por su parte, Isabel Cruz aventura una definición para el fenómeno: “creación colectiva de un ámbito espacio- temporal extraordinario que trasciende lo cotidiano”².

La fiesta invierte lo establecido, al desbordar los límites sociales, culturales, económicos.

Sepúlveda plantea la hipótesis de que la salud de los pueblos se puede medir por la vigencia y calidad de sus celebraciones pues en ellas se resume un modo de ser. Cuando un pueblo ya no se interesa por sus tradiciones y fiestas es que se ha convertido en “un extraño de sí mismo”.

¿Qué pasa hoy con la fiesta ritual en la Región del Maule?

No deja de llamar la atención la ausencia de estudios sobre el tema; el que –salvo ocasiones- no se incluyan sus fiestas en los pocos textos que recopilan el folclor nacional; el casi total desconocimiento del habitante de la ciudad de las celebraciones que acontecen año a año a pocos kilómetros de sus casas. Esta situación es producto- entre otras causas- de la llegada a nuestras tierras – en la segunda mitad del siglo XX- de los procesos de secularización propios de Occidente.

Como santiaguina “de tomo y lomo” que, por vicisitudes del destino profesional y también a causa de los designios divinos, descubrió la Religiosidad Popular en la VII región, percibo que ella es uno de los pocos elementos que otorgan identidad a esta región.

Para Isabel Cruz, el significado de la fiesta cristiana, resumido en el día domingo, se fundamenta en que no forma parte del sistema pragmático que rige la preocupación por la subsistencia diaria. En la fiesta tradicional hay un fundamento místico que para el cristiano representa lo sagrado, que confiere sentido a los quehaceres cotidianos. En ella los hombres pueden establecer formas genuinas de relación, que no están determinadas por las exigencias del trabajo. La fiesta es fiesta porque no ofrece nada en un sentido económico.

“Si en el corazón de una cultura faltan lo místico y lo sagrado, todo llega a ser posible, todo valor se transforma en precio”³.

La fiesta, especialmente la religiosa, afirma la capacidad de invención y de creación humanas, en su búsqueda de la felicidad. Es la vida misma la que en momentos aspira a celebrarse en plenitud.

² Cruz, Isabel “La Fiesta Barroca en Chile como don y generosidad” en **La Fiesta Ritual: Valor Antropológico, Estético, Educativo**. Colección Aisthesis 16, PUC, 2000, p.32.

³ *Ibíd*, p. 31.

En Chile no aparece como fenómeno aislado sino como parte de un gran sistema común a todo el mundo hispánico. Sus dos modos de acontecer -civil y religioso- expresan los poderes que regían el mundo hispanoamericano entre los siglos XVI y XIX: la Iglesia y el Rey. Además de esta base cristiana y española, se reconoce el aporte de los pueblos aborígenes, quienes también poseían una inclinación festiva expresada en celebraciones y ritos.

2. La fiesta barroca

Isabel Cruz, en su iluminador estudio **La Fiesta. Metamorfosis de lo cotidiano**, utiliza el término Barroco no en su acepción tradicional de estilo artístico sino como concepto de época, que se habría desarrollado en Hispanoamérica entre el 1650 y hasta casi todo el siglo XVIII. Puede ser considerado en la historia de Occidente el último período que supo imprimir a la fiesta tradicional vigor existencial y estético. La estructura y rasgos formales de la fiesta se definen a comienzos del siglo XVII y perduran hasta principios del siglo XIX.

El Racionalismo Ilustrado, ya generalizado el proceso de laicización, consideró la fiesta como una distracción bárbara y peligrosa, que acarreaba gastos improductivos y pérdida de tiempo. A partir de ese período, el fenómeno inició su decadencia.

En Chile, a comienzos de la República, hubo una fuerte restricción de la fiesta, especialmente religiosa. Aun así, algunas de las formas tradicionales han pervivido en Latinoamérica refugiadas en religiosidad y culturas populares (o Catolicismo mestizo popular, para diferenciarlo de los cristianismos populares que incluirían a las sectas reformadas).

En un mundo cotidiano marcado por las dificultades (pobreza, guerra, intrigas) y las incertidumbres, era necesaria la metamorfosis en un presente esplendoroso. Por eso, la España barroca amó la máscara, el disfraz y el teatro. La aspiración máxima de la época era el escenario teatral, donde lo real e irreal se fusionan. Al ser humano, débil criatura, le parecía que la vida estaba hecha de opuestos (“en el Barroco todo vive y convive”) y buscaba entonces forzosamente una armonía entre los contrarios. La fiesta, institución cuyo esplendor databa en España de la época de Carlos V, exhibía la conciliación del orden tradicional con las nuevas ideas.

La concepción de la existencia como un juego y espectáculo, y los temas “el mundo como gran plaza” o “el mundo como teatro”, reflejan una aspiración a la plenitud vital más que considerarse como expresiones de desengaño.

A partir del descubrimiento de Copérnico, el hombre se experimenta pequeño e insignificante. Surge la angustia existencial, que se manifiesta en el “horror vacui” y el asombro.

Paralelamente el individuo adquiere un sentimiento de orgullo y de confianza

en sí mismo, al adquirir conciencia cósmica. El arte del Barroco está lleno de este estremecimiento, del impulso hacia lo ilimitado, del eco de los espacios infinitos.

La Fiesta Barroca fue una afirmación apasionada de la gratuidad, de la belleza y la fantasía. Durante el siglo XVII, España experimentó una fuerte crisis social y económica. Curiosamente el remedio para esa situación no pareció buscarse en un estilo de vida austero y en la restricción del gasto sino en el despilfarro y la ostentación. Mientras Francia y la Europa anglosajona evolucionaban hacia un concepto funcional de la vida, que se ponía al servicio del trabajo para asegurar la subsistencia y el bienestar, España optaba por el espectáculo público y la religión, satisfaciendo en ello su impulso lúdico y su sed de belleza. Como dice Isabel Cruz, esta extrema actitud pre-capitalista y pre-ilustrada se transmitió a su vasto imperio ultramarino.

El poder siempre consideró su propio esplendor como una forma de comunicación, así la unión del pueblo con la Corona -en la fiesta- se vio como un modo de lograr la conciliación amistosa de las clases y los grupos, situación necesaria para la paz social.

Más allá del derroche, en la fiesta barroca se encuentra una opción por la entrega, a la colectividad y a Dios, de bienes y belleza. El racionalismo de la Ilustración no logró vencer la vocación de generosidad de los pueblos de raíz hispana que perdura en las costumbres populares. Hasta hoy son los más pobres, quienes nos dan lecciones de solidaridad, y del “dar hasta que duela” (Alberto Hurtado).

3. La fiesta en Chile

Las fiestas en nuestro país aparecen como parte de un gran sistema festivo común a todo el mundo hispánico, con su calendario y normas, ritos y símbolos. Mediante la fiesta, la religiosa y la civil -que en sus orígenes derivó de la fiesta sagrada-, Chile se unía a España, a la cristiandad y a Occidente, superando el aislamiento del Reino.

Las celebraciones se caracterizaban por su interrupción del trabajo como actividad productiva, por el gasto desmedido en juegos, expresiones artísticas y gastronomía. Entre las principales fuentes para la investigación de las fiestas, se encuentran los Cabildos. Ellos -expresión de la vida de la comunidad ciudadana- tuvieron un importante papel organizador y financiero de la fiesta barroca cuyo escenario por excelencia fue el mundo urbano, a diferencia de lo que sucede en la actualidad. La fiesta religiosa- excluyendo las procesiones- hoy se mantiene casi exclusivamente en el medio rural. Tal vez porque, en palabras de nuestro Obispo:

“Lo rural es el lugar de los ritmos humanos, de las vinculaciones múltiples, de los grandes espacios donde puede el alma humana correr con libertad; lo rural siempre tendrá algo de memoria y algo de jardín”⁴.

3.1. Fiestas religiosas

Constituyen una de las modalidades festivas en el Reino de Chile. Se presentan como:

- Fiestas fijas: aquellas que constituían el calendario litúrgico anual y el santoral católico
- Fiestas de los patronos locales
- Fiestas variables: aquellas celebraciones devotas cuya fecha cambia. La más importante era Semana Santa y los rituales religiosos ocasionales como procesiones para la sequía, rogativas para combatir las plagas o terremotos y misas solemnes para celebrar o pedir.

Las fiestas fueron un fenómeno de larga duración que sufre algunas modificaciones notorias a partir de 1750 cuando la autoridad- comulgando ya con los principios del Racionalismo Ilustrado- ejerció una actitud de mayor control para frenar los excesos.

El sistema festivo chileno -compartiendo como institución religiosa el valor antropológico e histórico de las fiestas hispánicas- presentaba rasgos peculiares. A pesar de estar asentado principalmente sobre la base cristiana y española, las características del medio y el proceso de aculturación produjeron diferencias. El calendario festivo cristiano permitía ordenar el tiempo en años, estaciones y meses; pero la ubicación en distintos hemisferios modificó su acontecer.

El carácter mágico de las creencias aborígenes fue impregnando sutilmente, con su fuerte animismo, ciertos actos del ritual católico. La veneración del signo devoto -imagen, medalla, rosario, escapulario, reliquia, expresión de una profunda necesidad espiritual- se detenía en la percepción de formas sensibles identificando significativo y significado hasta acercarse a la idolatría y el fetichismo. La imagería religiosa y los diversos modos de relación con ella se constituyeron en un medio privilegiado en la expresión de la fe popular. Para la mayoría analfabeta la catequesis “entraba por los ojos”. La necesidad de “tocar” lo venerado -como los enfermos tocaban a Jesús en busca de un milagro y que podemos extrapolar hasta las fans y sus ídolos musicales- conecta al hombre con el sentido más primitivo.

Durante el Barroco, la misa, la peregrinación y la procesión, fueron los rituales más característicos de las festividades religiosas.

⁴ Monseñor Horacio Valenzuela. Discurso de inauguración “Semana Social en la diócesis de Talca” en *Comunicando*, N° 62, año 7, septiembre 2001, p. 22.

3.2. Rasgos distintivos de la fiesta

La fiesta puede ser vista como un espacio que convoca el ser comunitario y como síntesis de la imagen de mundo que sostiene la comunidad⁵. Reencuentro que otorga sentido a la cotidianidad. Un tiempo de recuperación de rituales y en cuyo transcurso se reordena el mundo y se renueva la apariencia y el espíritu: signos de ello son -por ejemplo- pintar las fachadas y aperarse de ropas nuevas para celebrar el 18 de septiembre. La fiesta ritual constituye un claro factor de identidad al propiciar el encuentro con las raíces.

Lo más relevante de ella está en la aceptación y cooperación de unos con otros, develando las claves de una cultura ancestral marcada por el sentido auténticamente humano.

La fiesta ritual es un universo simbólico de gran valor antropológico: descubre y fortalece la identidad local, regional y nacional, pues ilumina las relaciones del hombre consigo mismo, con su prójimo, con el mundo y la trascendencia. Nos reconcilia con nuestro origen y nuestro destino (como decía el Obispo, "Tiene algo de memoria y de jardín").

Además del valor antropológico es dueña de un valor estético ya que encarna la cosmovisión en una amplia gama de expresiones artísticas.

Algunos rasgos que sintetizan el más profundo sentido de las festividades religiosas del ayer y de hoy son los siguientes:

Gratuidad: la vida como don y gracia

Las fiestas nunca dejaron de realizarse aunque ello significara un gran sacrificio económico. Se concebían como don y celebración de la vida. La comida y bebida -gratis sólo para autoridades, actores y personas de mayor importancia social- eran fundamentales a la hora de celebrar, como lo son hasta hoy. Se podría decir que cobraban una importancia moral. Compartir el vino y los alimentos crea una corriente de fraternidad junto al bienestar que provoca. No deja de llamarnos la atención que en los sectores populares la celebración de ciertos sacramentos, como el bautismo, no se realiza hasta contar con los recursos necesarios para dar una fiesta.

⁵ Cfr. Sepúlveda, F., Presentación de **La Fiesta Ritual: Valor Antropológico, Estético, Educativo**. Colección Aisthesis 16, PUC, 2000.

Culto a la belleza y al esplendor

El Barroco centraba su atención en la visualidad de la apariencia, en las formas, gestos y colores, cumpliendo el imperativo de la ostentación. Fue una cultura de la imagen y por ello las artes visuales y los recursos ópticos desempeñaron un papel fundamental en las celebraciones. En el espectáculo festivo se combinaron distintas manifestaciones artísticas y artesanales: pintura, escultura, arquitectura, orfebrería, ebanistería, juegos y fuegos de artificio, danza, música, disfraces y mascaradas que actuaban como instrumento de ese juego de “ser otro”.

La fiesta era una apertura al universo de los símbolos y de la recreación, a la estética y al juego. En términos de Isabel Cruz, metamorfoseaban la realidad creando un tiempo y espacio utópicos que regeneraban la vida.

El Cristianismo es una religión icónica. La imagería religiosa es un símbolo central de la celebración representando una materialización de lo sagrado. Las imágenes conmueven y posibilitan que el pueblo visualice en ellas los rasgos y atributos que la historia y la devoción han otorgado a los personajes divinos y a los santos. Por eso, la figura titular preside la fiesta desde su altar o llevada en andas.

Encuentro fraterno

La fiesta es también una instancia privilegiada de socialización ya que en ella convergen personas de distintos niveles sociales y generacionales. Al mismo tiempo allí es posible que acontezca el cambio de las normas sociales. Durante su celebración las fronteras se atenúan y se olvidan las enemistades. Conviven la autoridad y el pueblo, sea como actores o espectadores.

Cito las palabras de Dionisio, personaje andino de una novela del escritor peruano Mario Vargas Llosa:

“Bailando y bebiendo, no hay indios, mestizos ni caballeros, ricos ni pobres, hombres ni mujeres. Se borran las diferencias y nos volvemos como espíritus: indios, mestizos y caballeros a la vez; ricos y pobres; mujeres y hombres al mismo tiempo.”⁶.

En las áreas rurales, las fiestas religiosas posibilitaban el encuentro de las poblaciones dispersas, como ocurre en la actualidad; en las zonas urbanas reunían a la colectividad. También eran ocasión propicia para la administración de los sacramentos.

⁶ Vargas Llosa, M. *Lituma en los Andes*, Planeta, Chile, 1993, p. 274.

Recogimiento y espíritu lúdico

En la fiesta religiosa se vive a la vez el tiempo de recogimiento y de esparcimiento. En la misma instancia comunitaria hay un modo de relacionarse con lo divino a través del encuentro terrenal, y también al revés.

Los cronistas proporcionan indicios respecto de la ancestral afición de los pueblos aborígenes a los juegos. Ello habría coincidido con el sentido festivo propio de la España barroca. Por ejemplo, los mapuches también acompañaban sus celebraciones con baile, comida, bebida, dramatizaciones y juegos. Poseían ritos especiales para conmemorar ciertos hechos; establecían espacios festivos de carácter sagrado; vestían y se disfrazaban de acuerdo a los personajes simbólicos de sus mitos de origen. Su preparación anímica les habría ayudado a comprender y aceptar las formas teatrales hispánicas.

Allí donde la conquista fue más difícil, los rituales indígenas perduraron en sus formas originales; en otros casos, se refundieron con las fiestas españolas que encontraron nuevo aliento en la extraversión de los pueblos primigenios.

En las fiestas rituales de la Región del Maule, los juegos campesinos -rayuela, argollas, carreras la chilena, naipes- constituyen un elemento inseparable de la celebración.